

UPTON SINCLAIR



Agente presidencial

TRADUCCIÓN DE PABLO GONZÁLEZ-NUOVO



AGENTE PRESIDENCIAL

UPTON SINCLAIR

AGENTE
PRESIDENCIAL

TRADUCCIÓN DE PABLO GONZÁLEZ-NUEVO



SENSIBLES A LAS LETRAS, 67

Título original: *Presidential Agent*

Primera edición en Hoja de Lata: noviembre del 2020

© Upton Sinclair, 1944

© de la traducción: Pablo González-Nuevo, 2020

© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2020

Hoja de Lata Editorial S. L.

Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212 Xixón, Asturias [España]

info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Edición: Hoja de Lata Editorial S. L.

Diseño de la colección: Trabajadores culturales Glayú

Corrección: Tania Galán Álvarez

ISBN: 978-84-16537-80-8

Depósito legal: AS 01622-2020

Impreso en Eujoa Artes Gráficas, Meres, Siero, Asturias [España]

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.



Hoja de Lata emplea tipos de papel que garantizan el manejo ambientalmente apropiado, socialmente benéfico y económicamente viable de los bosques del mundo.

Para Mary Craig Sinclair, mi amada esposa.

En tus manos deposito las cinco novelas de Lanny Budd junto con los honores que hayan podido obtener. Sin tu sabiduría y tu conocimiento del mundo no habrían llegado a ser lo que son. Sin tu inestimable amor en tiempos de tensiones y sufrimiento su autor apenas habría podido seguir viviendo.

ÍNDICE

LIBRO UNO. LOS TRONOS DE LOS PODEROSOS

I. La exquisita apariencia de los príncipes	15
II. Astutos como serpientes	43
III. Confiad en los príncipes	68
IV. <i>Plus triste que les nuits</i>	97

LIBRO DOS. EL TRONO SIEMPRE SE EQUIVOCA

V. Hacia la batalla	123
VI. La canción de Blondel	148
VII. Lejos de la caballería española	178
VIII. Ese vil metal	203

LIBRO TRES. LAS MÁS DESASTROSAS POSIBILIDADES

IX. Su honor en la deshonra arraigado	233
X. Erróneamente cierto	259
XI. La ocasión la pintan calva	284
XII. Aprovecha la oportunidad	313
XIII. Apostaría mi vida	336

LIBRO CUATRO. ENTRE LOBOS

XIV. El tintineo de las guineas	367
XV. La fuerza de un gigante	391
XVI. Ardiente vanidad	416
XVII. Peligrosa majestad	440

LIBRO CINCO. UN ESPÍRITU PINTORESCO Y ERRANTE

XVIII. <i>Après nous le déluge</i>	471
XIX. Desbordante ambición	497
XX. La montaña de Mahoma	523
XXI. <i>Der Führer hat immer recht</i>	546
XXII. Las infamias saldrán a la luz	572

LIBRO SEIS. UN CABALLO DESBOCADO

XXIII. <i>Les beaux yeux de ma cassette</i>	599
XXIV. El escabel de Dios	625
XXV. Hondas y flechas	652
XXVI. Nunca hallarás placer en el hogar	674

LIBRO SIETE. LO QUE ES DEL CÉSAR

XXVII. La fiebre del mundo	699
XXVIII. Las estrellas en sus órbitas	729
XXIX. Un honor herido	754
XXX. Tiemblan los cimientos del infierno	775
XXXI. Cuando el valor y la oportunidad concurren	798

NOTA DEL AUTOR

A lo largo de la narración de esta obra de ficción tienen lugar varias escenas en las que aparece Franklin D. Roosevelt. Cuando el autor fue candidato al cargo de gobernador de California tuvo el placer de conversar durante dos horas con el presidente Roosevelt, pero desde entonces no ha vuelto a tener ningún contacto personal con él ni ha tenido conocimiento de primera mano en lo referente a sus motivaciones para cualesquiera acciones o posturas. Las escenas de este libro son ficticias y no se ha consultado al presidente ni a su esposa en lo concerniente a las mismas. Se puede afirmar que la descripción de la apariencia del presidente, así como la de sus gestos y expresiones y su entorno más inmediato son precisas, mas los discursos a él atribuidos son únicamente fruto de la imaginación del autor. El autor espera, por tanto, que sus suposiciones hayan sido acertadas, si bien desea aclarar que no era su intención hablar por el presidente ni está en posición de revelar sus verdaderos pensamientos.

En lo que respecta a la atmósfera y ambientes descritos en el último tramo de la narración, estos fueron extraídos de una alegre y reveladora crónica, *Munich Playground* de Ernest R. Pope, un corresponsal especializado en la materia. Es menester dar las gracias al autor y a sus editores, G. P. Putnam's Sons. Por supuesto, muchos otros reportajes y crónicas han sido consultados y también se quiere agradecer la colaboración de varios refugiados de Alemania y Austria que han contribuido con sus testimonios y experiencias. Para la historia de la búsqueda del tesoro de Sájarov, el autor está en deuda con la autobiografía de Charles Courtney, *Unlocking Adventure*, publicada por Whittlesey House.

LIBRO UNO

LOS TRONOS DE LOS PODEROSOS

LA EXQUISITA APARIENCIA DE LOS PRÍNCIPES

I

Como dos barcos que durante un tiempo han estado amarrados en puerto y después parten navegando hacia mares lejanos, tras largos años, quizá décadas, sus dos capitanes vuelven a encontrarse por casualidad en otro puerto; entonces se observan mutuamente, preguntándose qué pequeños estragos le habrá causado el tiempo a su viejo camarada, qué lugares habrá visitado y qué aventuras habrá vivido, qué habrá perdido por el camino y qué habrá ganado. Eso fue lo que sucedió cuando Lanny Budd vio al profesor Alston entre el gentío del vestíbulo de un hotel de lujo de Nueva York.

—¡Tanto tiempo! —dijo el más joven al estilo oriental, como dictaba la moda del momento. La gente saludaba a sus amigos con un «Decía Confucio...» y acto seguido soltaba el comentario más absurdo o cínico que se le pudiera ocurrir.

—Créame, profesor —continuó Lanny muy seriamente—. Me siento avergonzado por haber perdido el contacto. Jugó usted un importantísimo papel en mi vida, no puede imaginar hasta qué punto.

—Pronto se cumplirán dieciocho años desde que nos despedimos en París —calculó el otro.

—Casi la mitad de mi vida —añadió Lanny.

Para Alston seguía siendo en cierto modo el mismo jovencito, y se dio cuenta enseguida de que los años lo habían tratado bien. No había arrugas fruto de las preocupaciones en su rostro de rasgos agradables y armoniosos y tampoco mechones grises entre sus rizos castaños, ni en el bigote cuidadosamente recortado. Lanny iba

vestido como si acabara de salir de una sombrerera y hablaba con la despreocupación propia de esas personas que desde la más tierna infancia tienen la seguridad de que todo es exactamente como debe ser. Cuando todo es tan perfecto uno se puede incluso permitir el lujo de equivocarse cuando quiere y la gente lo tomará como una afable excentricidad.

Lo que Lanny vio fue a un caballero menudo y de aspecto frágil con los cabellos completamente grises y gafas de montura de concha, vestido con un traje de lino salpicado aquí y allá de las típicas arrugas que esos trajes adquieren demasiado rápidamente. «Charlie» Alston nunca sería alguien pulcramente correcto. En la universidad había sido un «pringado», al menos según el padre de Lanny, y ya nunca podría librarse de la sensación de que la gente que tenía éxito siempre le estaba observando. En la actualidad era ya un anciano, un hombre amable e inteligente, y eso ayuda, pero no es suficiente, como todo el mundo sabe en los círculos elegantes. Lanny recordó haber oído que Charles T. Alston era uno de los artífices activos del New Deal, de modo que quizá no siguiera impartiendo clases en la universidad.

—He oído hablar de ti a través de terceros —dijo Alston, aunque no ahondó en su comentario. Podría haber sido a través de la prensa, pues el otrora experto geógrafo añadió—: Espero que tu divorcio no fuera demasiado doloroso.

—Mi exmujer ha ascendido en la escala social y yo fui uno de los escalones —respondió Lanny sonriendo.

No lo decía en serio, pues él estaba más que satisfecho con la posición que le correspondía en dicha escala al nieto de un fabricante de armas e hijo del dueño de la empresa aeronáutica Budd-Erling.

II

—¿Qué tal te ha tratado la vida? —quiso saber el viejo.

De alguna manera había que empezar y aquella pregunta requería una respuesta cordial.

—¿Tiene algo que hacer durante las próximas dos horas? —preguntó Lanny, y siguió explicándole que se había citado para examinar una colección de pinturas que pronto saldrían al mercado—. Así es como me he estado ganando la vida. Hay gente lo bastante ingenua como para confiar en mi criterio a la hora de decidir el valor

de un cuadro y eso me permite seguir viviendo como un holgazán y un parásito —añadió sin perder la sonrisa.

El exgeógrafo respondió que no le importaría contemplar esas obras de arte bajo la tutela de un experto de su categoría, de modo que ambos salieron del hotel y tomaron un taxi. El trayecto fue corto y se bajaron delante de uno de esos edificios de Park Avenue donde, o tienes un apartamento en propiedad, o has de pagar una renta mensual de varios miles de dólares. Un personaje que por su vestimenta podría haber sido uno de los granaderos de Federico *el Grande* les abrió la puerta del taxi. Un portero recepcionista con una flor en el ojal anotó el nombre de Lanny y una muchacha con los labios pintados de color rojo brillante lo pronunció tras levantar el auricular del teléfono; un joven ascensorista con varias hileras de botones en su uniforme los llevó rápidamente hacia las alturas y un criado entrado en años los invitó a pasar a un conjunto de habitaciones que al parecer ocupaba prácticamente toda la planta del edificio, con unas apabullantes vistas a la isla de Manhattan y sus alrededores.

La familia estaba fuera de la ciudad disfrutando de sus vacaciones de mitad de verano. Los muebles estaban cubiertos con paños color caqui y las persianas estaban bajadas. No obstante, el criado enseguida levantó una y los visitantes se detuvieron un instante para contemplar el jardín de rosas que decoraba el ático. Después recorrieron las habitaciones examinando sus cuadros, cada uno con su propio aplique, que el anciano iba encendiendo. Guardaban silencio durante unos instantes y entonces Lanny Budd comenzaba uno de esos discursos bien modulados con los que había aprendido a impresionar a la clase más selecta, esa *élite* doblemente privilegiada que posee tanto riqueza como cultura.

—Observe el aura aristocrática con que Sargent sabía envolver a sus modelos. Sin embargo, fijese también en que, en este caso, la cabeza es pequeña con respecto al resto del cuerpo de la dama. La señora Winstead no era así en absoluto. Se lo puedo asegurar, pues la conocí personalmente. Y tampoco se trata de un error por parte del artista, ya que llegué a conocerlo incluso mejor. Lo vi trabajar en los valles y colinas que rodean la casa de mi madre en la Riviera y doy fe de que era sobradamente capaz de plasmar con exactitud las proporciones cuando lo consideraba conveniente. Su intención, no obstante, era otra: buscaba resaltar las características definitorias de cada uno de sus modelos. Si lo que el espectador buscaba era literalidad y exactitud, solía decir, un fotógrafo podía conseguir ambas

cosas en una fracción de segundo. Su tarea como pintor era retratar el alma de las personas que pintaba.

—Sin pasar por alto del todo lo que el modelo podía pensar sobre el alma del pintor —comentó Alston con una sonrisa en los labios.

—Sin duda —concedió el otro—. Desde los tiempos del antiguo Egipto los artistas aprendieron a representar a sus amos de modo que parecieran más altos que los esclavos. Solo en épocas más recientes, quizá desde Goya, los pintores se aventuraron a poner una pizca de humor en tanta sumisión.

—¿Crees que es lo que sucedió en este caso?

—Esta era una mujer triste, como puede ver. Se trataba de una familia fabulosamente rica y orgullosa en igual medida. Vivían en una inmensa finca amurallada y sus dos hermosas hijas fueron educadas con extrema rigurosidad y siempre iban acompañadas allá donde fueran. El resultado fue que una de ellas se fugó con un atractivo y joven mozo de cuadra y el matrimonio de la otra tampoco fue precisamente satisfactorio. El altivo y anciano padre no quiso volver a verlas. Ha sido cliente mío durante años, por lo que he tenido sobradas oportunidades de observar su tristeza, a pesar de todos sus esfuerzos por ocultarla. No me cabe duda de que John Sargent, un buen hombre por bruscos que fueran sus modales, pensaría que si estaba en su mano conceder un instante de felicidad a la señora Winstead el arte no sufriría por ello el menor menoscabo. No obstante, en sus últimos años se hartó de tanta caridad y se negó de plano a seguir retratando a los ricos.

III

Charlie Alston se dio cuenta enseguida de que aquel hombre seguía siendo el mismo Lanny Budd, avezado y precoz, que le había acompañado durante la Conferencia de Paz de París y con el que había compartido un infructuoso calvario de seis meses. Un joven que había pasado la mayor parte de su vida en Europa y no solo era capaz de conversar en francés, sino que también conocía sus más sutiles matices, sus jergas e incluso sus palabras malsonantes; así como sus costumbres y etiqueta, su personalidad y sus subterfugios diplomáticos; un muchacho ya entonces capaz de permanecer de pie durante una reunión oficial junto a la silla de un «experto» para susurrarle al oído los más convenientes y atinados comentarios, señalar determi-

nado párrafo de un documento o escribir la palabra correcta en un pedacito de papel, haciendo posible así que el que fuera un sencillo hijo de granjeros del estado de Indiana no se sintiera del todo indefenso en presencia de los ancianos y elegantes todopoderosos que gobernaban el continente europeo a base de engaños y triquiñuelas.

En la actualidad Lanny seguía siendo el mismo, quizá únicamente corregido y aumentado, por decirlo de alguna manera. Había vivido prácticamente otras dos décadas entre Europa y América, conociendo a los prohombres de ambos continentes y aprendiendo a cuidar de sí mismo en cualquier situación. El arte no era solo arte para él, también era historia y ciencias sociales, psicología y una ventana abierta a la naturaleza humana, incluso llegado el caso podía dar pie al chismorreó. Estando a su lado, era necesario hacerse a la idea de que realmente conocía a la «gente importante» y cuando los mencionaba no era para vanagloriarse sino quizá para complacer o entretener a sus acompañantes.

—Aquí tenemos una interesante comparación, profesor. Un John y un Brockhurst juntos, y ambos sobre el mismo tema. Parece que nuestro anfitrión se hubiera propuesto decidir cuál de los dos era mejor pintor... o quizá suscitar un eterno debate sin solución. Este es uno de los primeros cuadros conocidos de Augustus John, que en mi opinión lo convirtieron en un maestro contemporáneo. Pobre hombre, actualmente no está en tan buena forma y no se puede decir que su trabajo haya mejorado. Gerald Brockhurst, por su parte, es un gran pintor técnicamente hablando, aunque imagino que él mismo aceptaría que John le superaba en su buena época. El éxito de Brockhurst se puede atribuir a su trazo firme y a sus colores. Ambas características han ido mejorando con los años y ese es sin duda el motivo por el que fue escogido para pintar el retrato de mi exesposa. Se ha convertido en lady Wickford, como quizá sabrá, y ha emprendido la ardua tarea de renovar un castillo cuyos antiguos propietarios fueron retratados por Gainsborough. Irma estaría encantada con un retrato en el que pareciera una estrella de cine.

¡Y así fue cómo el exgeógrafo comprobó personalmente que el arte era también psicología e incluso chismorreó!

—¿Tienes hijos? —preguntó de repente.

—Una hija —respondió el otro—. Tiene siete años, edad suficiente para descubrir lo excitante que puede ser vivir en un castillo y que los títulos nobiliarios son algo excepcional. Su madre tendrá que encargarse de buscarle un marido de alta alcurnia.

—¿Y tú, Lanny?

—Yo soy el padre, y por haber sido agraciado con tal honor tengo permiso para visitar a la niña siempre que lo desee, siendo acogido con toda la cortesía imaginable. Se da por supuesto que no diré ni haré nada que pueda romper el hechizo de cuento de hadas en el que se han propuesto criar a la pequeña.

IV

Mientras un ardiente sol de color cobre se ocultaba tras los extensos cañones de piedra y hormigón de la isla de Manhattan, los dos amigos regresaron paseando al hotel donde se habían encontrado. Lanny se alojaba allí e invitó al otro a subir a su habitación. Pidieron algo de comer y en cuanto terminaron y el camarero retiró los platos, conversaron plácidamente tomando café. ¡Cuántos recuerdos por recuperar y cuántas preguntas por hacer! Por ejemplo, sobre la veintena de hombres con los que habían trabajado durante la Conferencia de Paz: ¿dónde estaban ahora y qué les había sucedido a lo largo de estos años? Muchos habían muerto y a otros los habían perdido de vista. Alston habló sobre aquellos a los que conocía. ¿Qué pensaban ahora acerca de la labor que habían llevado a término? Él había sido uno de los que se habían opuesto abiertamente al consenso de la mayoría y Lanny había llegado incluso a dimitir de su humilde puesto de trabajo como gesto de protesta contra el descabellado acuerdo. ¡Qué melancólica satisfacción saber que no se equivocaban y que las peores calamidades que habían vaticinado se cernían ahora sobre el mundo en el que debían vivir!

Pero mejor sería hablar de los más lúcidos, los pocos que habían sido lo bastante valientes como para oponerse a la ciega locura y la descontrolada avaricia de la mayoría. Como el tío comunista de Lanny, que seguía viviendo en París y era actualmente *député de la République Française*, por lo que de cuando en cuando era posible leer acerca de alguna de sus diatribas en las noticias que llegaban a los Estados Unidos. Lanny recordó el día que había llevado a Alston y al Coronel House¹ a visitar a su tío en su destartalado piso parisino, como parte del débil intento por parte del presidente Wilson por conseguir que británicos y franceses alcanzaran algún frágil acuerdo con los soviéticos.

¹ Edward M. House, consejero de Woodrow Wilson, presidente de los Estados Unidos desde 1913 hasta 1921. (Todas las notas son del traductor).

—¡Cómo aborrecía mi padre verme cerca de la peligrosa oveja roja de la familia de mi madre! —comentó Lanny—. Y todavía piensa igual.

Charlaron también un rato sobre Robbie Budd. Alston habló con humor sobre sus años de universidad, durante los cuales había contemplado con una mezcla de reverencia y temor al magnífico y plutocrático hijo del todopoderoso propietario de Budd Gunmakers, que solía llevar gruesos jerséis blancos de cuello alto, con una «y» mayúscula de color azul cosida en la pechera, y era vitoreado apasionadamente en el campo de fútbol durante cada partido. Alston, por otra parte, se había visto obligado a ganarse la vida sirviendo mesas en el comedor de estudiantes, por lo que no había sido escogido para ingresar en una fraternidad popular.

—Robbie ya no es tan rudo en la actualidad —dijo Lanny—. Ha aprendido a respetar el conocimiento e incluso ha llegado a aceptar que uno de sus hijos toque el piano y se dedique a contemplar pinturas en lugar de ayudarlo en la fabricación y venta de aviones.

—¿Y tu madre? —preguntó el de más edad; y cuando supo que seguía espléndida añadió—: Siempre he creído que era la mujer más bella que jamás he visto.

—Sin duda estaba en sus mejores días en aquella época —respondió el hijo—. Ahora, sin embargo, trata de aceptar con tristeza que está a punto de llegar a los sesenta, y con una nieta de siete años no puede ocultarlo.

V

Tras varios intentos, Lanny consiguió que el exgeógrafo le hablase de sí mismo. Había impresionado positivamente a sus colegas durante la Conferencia de París, por lo que le habían ofrecido un puesto en Washington. Entre las amistades que allí había trabado estaba el entonces subsecretario de la Marina, un joven alto y robusto, competente y ambicioso, que parecía sentir cierta debilidad por los profesores universitarios.

—Le gusta rodearse de ellos —dijo Alston—. Está convencido de que saben mucho y de que sus conocimientos pueden resultar útiles y han de aprovecharse. Una idea novedosa en la vida pública estadounidense, como bien sabes.

—Una idea que saca de quicio a Robbie más allá de lo racional —respondió el hijo del magnate.

—Cuando FDR llegó a ser gobernador del estado de Nueva York me invitó a acompañarle a Albany para ocupar un puesto menor a su lado. No tendría muchas responsabilidades, pero sí un salario, y de paso él me tendría cerca como consultor para ayudarle a enfrentarse a los problemas de su cargo, demasiado complicados para que cualquier hombre pueda lidiar con ellos en solitario. Un extraño destino para un geógrafo, pero ya sabes lo que sucedió en París. Todos debíamos ser políticos y diplomáticos, lingüistas, etnógrafos, juristas... o en cualquier caso fingir que lo éramos. En el gobierno sucede lo mismo, ahora y siempre. Es necesario estudiar la naturaleza humana tanto como las fuerzas sociales que te rodean y aplicar el sentido común a cualquier problema con el que toque lidiar. Al parecer, FD pensó que yo era razonablemente bueno en eso, de modo que me trajo con él a Washington y ahora soy uno de esos «burócratas» que sin duda tu padre aborrecerá.

—¡Haga lo que haga, no se le vaya usted a poner a tiro! —exclamó Lanny haciendo una mueca.

—En realidad no soy más que un apañador. Tengo a mi cargo a un subordinado que dirige la oficina razonablemente bien, de modo que yo puedo permitirme estar a disposición del presidente en todo momento, averiguar lo que necesita saber, si es que puedo, y desurdir los enredos que se le vengán encima. Cuando dos personajes importantes discuten, yo he de mediar discretamente entre ellos y persuadirlos de que los republicanos son los únicos que sacarán algún provecho de sus inoportunas disputas. Me veo obligado a lidiar con todo tipo de situaciones desagradables y de vez en cuando me prometo a mí mismo que será la última vez que lo haga. Pero entonces surge un nuevo problema y siento lástima por el pobre político abrumado por las responsabilidades, que hace todo lo posible por impedir que un mundo ciego se lance al vacío por un precipicio.

—¿Tan mal ve la situación, profesor Alston?

—Creo que la cosa difícilmente podría ir peor. ¿Qué opinas tú, Lanny?

—¿Se refiere a este país o a Europa?

—Los dos forman parte del mismo mundo. Esa es una de las cosas que aprendí como geógrafo y mucho me temo que el pueblo norteamericano tendrá que aprenderlo a base de sangre, sudor y lágrimas.

Corría el verano de 1937.

VI

Mientras escuchaba, Lanny no dejaba de pensar intensamente, y esto era lo que pensaba: «¿Puedo contárselo todo? ¿Dónde he de poner el límite?». Siempre se veía obligado a reprimir el impulso de sincerarse con ciertas personas. Siempre tenía que echar el freno. De modo que decidió comenzar con cautela.

—¿Recuerda, profesor Alston, que yo era un apasionado y joven reformista mientras estuve a su servicio? Pues no me rendí después de Versalles. Viajé durante años a muchas de esas conferencias internacionales. Creo que estuve al menos en una docena de ellas, donde conocí a hombres de Estado y periodistas, y en numerosas ocasiones desempeñé el papel de mensajero. En cierto modo traficaba con noticias, cualquier cosa que considerara que debía saberse. Estaba convencido de que era posible educar al público y conseguir un poco de paz y camaradería para el infeliz y viejo continente donde nació. Sin embargo, durante estos últimos años me he visto obligado a rendirme. Terminé enfrentándome a muchos de mis conocidos, rompí mi hogar. Era como escupir contra el viento. Entiéndame, me he labrado una buena reputación como experto en arte y he jugado un papel definitivo en la creación de grandes colecciones de pintura que, si mi instinto no me falla, algún día serán legadas a instituciones públicas, ayudando de ese modo a difundir la cultura. Trato de convencerme de que estoy prestando un servicio real, de que el amor por las artes no es una fantasía sino algo tangible que tiene el poder de influir en la sociedad.

—Sí, Lanny, por supuesto. Pero ¿acaso no puedes tener también opiniones políticas y ejercer otro tipo de influencia sobre esas personas?

—Me parece algo difícil, si no imposible. La mayoría de las personas que venden sus cuadros son conservadoras, por no decir abiertamente reaccionarias en sus opiniones. Llegué a conocerlas bien porque me movía en el mundo de mi padre y en el de mi madre, y en ninguno de ellos habría sido aceptado a menos que mantuviera una actitud discreta sobre cuestiones que en la actualidad soliviantan a todo el mundo por igual. No me cabe duda de que estará usted al corriente del modo en que mucha gente afamada y con dinero difama e insulta a Roosevelt.

—Él solo intenta salvarlos, pero ellos no están dispuestos a permitirselo.

—No, no lo harán de ninguna manera. Hasta el último de esos hombres se cree Luis XVI y las mujeres María Antonieta, de camino a la guillotina. Me he granjeado enemistades por el mero hecho de comentarlo, de modo que con el tiempo aprendí a dejar que hablaran ellos, antes de responder que soy una persona apolítica que vive por y para el arte. La mayoría asume que no es más que una pose profesional y que solo me interesa el dinero, igual que a todo el mundo. Como ve, llevo una especie de doble vida y solo hablo con sinceridad con media docena de amigos en quienes puedo confiar. Me gustaría que fuera usted uno de ellos, si le parece bien. Pero ha de prometerme que no hablará de mí con nadie.

—Dispongo de mis propios medios para mantener mi nombre alejado de los periódicos, Lanny... así que entiendo tu actitud.

—No me cabe duda de que lo hará cuando le diga que uno de mis mejores clientes no es otro que Hermann Wilhelm Goering.

—¡Por el amor de Dios, Lanny!

—Quizá recuerde que le hablé de mi amigo de infancia, Kurt Meissner, que llegó a ser oficial de artillería del ejército alemán. Ahora puedo contarle algo que en su momento no pude compartir con usted... Mientras trabajaba como secretario suyo me topé en las calles de París con Kurt, que estaba en Francia como agente secreto del Estado Mayor alemán, y mi madre y yo le dimos refugio, salvándole de la policía francesa. Después vivió en nuestra casa en la Riviera durante ocho años, llegando a convertirse en un conocido pianista y compositor. Luego volvió a Alemania y se hizo nazi. Por mediación suya conocí a muchos altos cargos del partido, entre ellos el propio Führer, que aún cuenta a Kurt entre sus favoritos. Ya ve la posición en que me encuentro. Podía decirle abiertamente a mi amigo de infancia lo que de verdad pienso de su partido y de su causa, y de ese modo romper con él; o podía hacer míos los colores de la Braune Haus para escuchar cuanto tengan que decirme y obtener información que quizá algún día pueda ser utilizada en su contra. De modo que finalmente he interpretado a Beethoven para «Adi», como sus íntimos llaman a Hitler, y el general Goering me considera una compañía agradable, me invita a su pabellón de caza y trata de sonsacarme información acerca del mundo exterior, información que comparto con él solo cuando tengo la seguridad de que ya la conoce, y vendo en su nombre los cuadros que ha robado a acaudalados judíos de su Tercer Reich. Mi padre entra entonces en escena y le alquila sus patentes a su oronda excelencia, mientras ambos intentan sacarse ventaja mutuamente y se ríen amigablemente cuando fallan. *Geschäft ist Geschäft*, los negocios son los negocios.

—Es algo terrible entregar a los nazis el dominio del aire en toda Europa, Lanny.

—No crea que no he tratado de advertir a mi padre e incluso llegué a rogarle que cambiara su política empresarial. Pero su respuesta es que antes acudió a británicos y franceses y no quisieron pagarle lo suficiente para que sus fábricas siguieran funcionando. «¿Acaso soy yo el culpable de que los nazis tengan suficiente inteligencia y visión de futuro?», me pregunta, para añadir acto seguido: «¿Qué pinta un experto en arte tratando de influir en el destino de las naciones?». Robbie insiste en decir que cree en el libre comercio y cita a Andrew Undershaft en *La verdadera fe de un armero*. Pero cuando puse a prueba su credo no se sostuvo ni por un instante. Mi padre no estaba dispuesto a permitir, ni directa ni indirectamente, que el gobierno democráticamente elegido por el pueblo de España comprase su Budd-Erling P9, ni aunque le pagara a tocateja.

—¿Conoces España, Lanny?

—No tan bien como Francia, Alemania e Inglaterra, pero el año pasado estuve allí en tres ocasiones, y en cada una de ellas compré pinturas que saqué del país, pero también conocí a todo tipo de gente con la que tuve ocasión de hablar, manteniendo los ojos bien abiertos en todo momento. Fui testigo de cómo se contenía el alzamiento de Franco en Barcelona y también de la llegada de la Brigada Internacional para la defensa de Madrid.

—¿Cómo crees que terminará la contienda?

—El pueblo sin duda sucumbirá si continuamos negándonos a venderles armas, mientras permitimos que italianos y alemanes envíen a Franco cuanto necesita. No soy capaz de entender la diplomacia de nuestro país y me gustaría que usted me respondiera: ¿a qué se debe y qué es lo que pretenden conseguir?

—La respuesta no es sencilla. Hay muchas fuerzas implicadas, algunas tiran en una dirección y otras en la contraria.

—¿Pero el presidente tendrá algo que decir, profesor Alston! Es el cabeza de gobierno y por tanto el responsable de sus políticas. ¿Acaso no es capaz de ver lo que le está haciendo a Europa permitiendo que nazis y fascistas se alíen para asesinar al gobierno de una nación elegido por el pueblo?

—El presidente no gobierna en Europa, Lanny.

—No, pero él es el cabeza de nuestro Departamento de Estado, o debería serlo, y es quien decide en política exterior. ¿Por qué ha dado marcha atrás a lo que ha constituido una ley internacional desde el principio, que todo gobierno legítimo tiene derecho a de-

fenderse? ¿Por qué razón acudió al Congreso para exigir que el embargo de armas se ampliara con el fin de que se pudiera aplicar en la guerra civil española? ¿Por qué sigue apoyando la farsa de la «no intervención» después de haber tenido todo un año para comprobar sus resultados, es decir que seguimos teniendo fe en Hitler y Mussolini mientras ellos ignoran al mundo entero?

VII

El exgeógrafo miraba aquellos gentiles ojos marrones y escuchaba la voz bien modulada y contenida incluso cuando estaba llena de preocupación. Ambos le parecieron jóvenes, como si apenas hubieran cambiado desde los tiempos en que trabajaban juntos en los salones del Hotel Crillon, donde el nieto del propietario de Budd Gunmakers se había esforzado hasta quedar exhausto para impedir que el distrito alemán de Stubendorf, el hogar de su amigo Kurt Meissner, fuera entregado a los polacos. Y ahora ahí estaba Lanny en el verano de 1937, casi con el doble de años, pero, igual que entonces, capaz de exponer un asunto complejo en los términos más simples. O al menos eso le pareció a aquel «apañador» de las altas esferas. ¿Por qué el presidente Roosevelt no era capaz de verlo? ¿Por qué no actuaba para remediarlo? Un hombre acostumbrado a solucionar problemas escucha día y noche esa clase de preguntas, aunque quizá no conozca la respuesta o no tenga la libertad de compartirla con nadie.

Alston escuchó hasta que su amigo terminó de desahogarse. Después, tras un momento de pausa y con la sombra de una sonrisa iluminando ligeramente su rostro, dijo:

—¿Por qué no se lo preguntas tú mismo, Lanny?

—Nunca he tenido oportunidad de hacerlo.

—Yo podría arreglarlo si quieres.

El más joven pareció sorprendido.

—¿Cree que tendría tiempo para hablar conmigo?

—Es un gran conversador. Lo adora. Además, le gusta conocer gente. De todas clases, incluso a los que no piensan como él.

—Debo reconocer que no lo había pensado —dijo Lanny.

Aunque mientras hablaba se decía: «Sería un gran honor, de eso no hay duda. Sin embargo, podría trascender a la prensa... y entonces ¿qué diría Robbie?».

El otro percibió sus dudas y se rio.

—Podrías ir a venderle un cuadro. ¡Él podría comprarte uno para que todo parezca normal!

Entonces, con más seriedad, le explicó que el presidente se encontraba en Krum Elbow, en la casa de su madre en Hyde Park, donde los sabuesos de la prensa no olisqueaban con tanta avidez.

—Han instalado su cuartel general en Poughkeepsie, a cierta distancia de la propiedad, y no suelen asaltar sus terrenos como sucede en la Casa Blanca. El presidente podría dar instrucciones fácilmente a su secretario para que tu nombre no aparezca en la lista diaria de visitas. Y el encuentro también podría resultar ventajoso para él, pues es posible que tenga algo confidencial que decirle a un amigo de Hitler y Goering.

VIII

No lleva mucho tiempo concertar una cita cuando el servicio telefónico no está interrumpido y además eres la persona indicada. A primera hora de la tarde siguiente Lanny abandonó su hotel y se puso en marcha en el coche deportivo que estaba a su disposición cada vez que visitaba a su padre en Connecticut. Su ruta lo llevó a través de Central Park y Riverside Drive y a continuación cruzó el enorme puente desde el cual tuvo ocasión de contemplar una vez más las impresionantes vistas. Después continuó por el valle del río Hudson, conocido por su historia y su leyenda. Allí había sido ahorcado el comandante André y el general Arnold había huido para evitar el mismo destino; misteriosos holandeses habían jugado a los bolos en plena noche originando truenos y Rip van Winkle² se había anticipado a Freud con su «evasión de la realidad».

Los colonos holandeses se habían asentado en este ancho valle y habían comprado a los indios grandes extensiones de tierra a cambio de telas de vivos colores, cuentas de cristal y otros tesoros. Las guerras y revoluciones no habían alterado sus vidas en exceso a lo largo de los años y en la actualidad la décima generación de sus descendientes estaba compuesta principalmente por propietarios de grandes granjas que vivían holgada y dignamente y votaban a los

² Alusiones a los cuentos folclóricos holandeses y a la narración de Washington Irving.

republicanos. De cuando en cuando, no obstante, nace una oveja negra en cada rebaño. De ahí que en el severo condado de Dutchess viviera también la familia Roosevelt, de inclinaciones demócratas, contemplada con horror por parientes y vecinos, que se referían a su patriarca como «ese hombre». Los nazis le habían cambiado el nombre por el de Rosenfeld y decían que era judío. Millones de respetables alemanes lo habían creído, y herr Doktor Josef Goebbels, que había sido el iniciador del bulo, se lo había contado en persona a Lanny Budd en cierta ocasión riendo a carcajadas.

Una carretera bien asfaltada serpentea siguiendo el perfil de las colinas, alejándose del río de cuando en cuando para volver a encontrarlo poco después, y ofreciendo excelentes vistas al viajero. Cada pocos kilómetros hay un pueblo con casas rodeadas por cuidados jardines que se alzan a la sombra de árboles centenarios. Hay coches aparcados ante las tiendas y gente ociosa sentada junto a ellos mascando colillas de puros, pelando varas de avellano y charlando acerca de sus vecinos y sobre las últimas andanzas de los políticos. Al calor de una tarde de mitad de verano todo está tranquilo y únicamente se oye el zumbido de las abejas y el motor de algún coche en la carretera, que avanza, como es costumbre, unos quince kilómetros por hora más rápido de lo que permite la ley.

Cuando Lanny estaba a punto de llegar a la pequeña localidad de Hyde Park se dio cuenta de que era muy temprano, de modo que salió de la carretera principal y se detuvo en un lugar a la sombra para hacer tiempo y pensar por enésima vez qué iba a decirle al hombre que tenía en sus manos el destino de la democracia española. ¿Tendría tiempo aquel hombre tan ocupado para escuchar todo lo que necesitaba decirle? Si no era así, ¿por dónde debía empezar? Desde la primavera de 1919 Lanny Budd había intentado cambiar la historia del mundo. Por supuesto, de forma intermitente, y entremedias tocando el piano, contemplando obras de arte y alternando con las elegantes amistades de su padre y su madre.

IX

Las antiguas granjas holandesas se alzan aquí y allá, desperdigadas entre la autopista y los riscos que flanquean el río, separadas entre sí por unos tres kilómetros de distancia o más. Cada una tiene su propio portón de entrada y en algunos casos una cabina para el

portero. Lanny condujo despacio hasta llegar a una donde había una garita flanqueada por dos policías estatales que montaban guardia. Se detuvo y le dijo su nombre al que se acercó al vehículo. El hombre asintió con la cabeza y Lanny continuó por una larga avenida que discurría a la sombra de frondosos árboles, igual que en otros cientos de mansiones que había visitado a lo largo de su vida de *playboy*. Esta era modesta, según sus criterios: una edificación de madera y estuco de dos plantas, con torres. El tipo de casa que la gente realmente rica descartaría por no ser demasiado grande ni demasiado elegante según los cánones actuales.

Lanny aparcó su coche en un lugar a la sombra en la rotonda de entrada. Un mayordomo de color le abrió la puerta antes de que llamara al timbre y una secretaria salió a recibirlo al vestíbulo. Cuando le dijo su nombre ella no le hizo esperar. Lo acompañó por el pasillo y bajaron un tramo de doce escalones, que también contaba con una rampa, hasta llegar a una puerta que se abrió dejando a la vista una espaciosa biblioteca de aspecto acogedor y evidentemente muy utilizada. La mayoría de los libros eran informes legislativos encuadernados, había una victoria alada de mármol en una de las paredes, una maqueta de barco en el interior de una urna de cristal y un costurero de mujer colgado del respaldo de una de las mullidas butacas. Lanny Budd, acostumbrado a ese tipo de encuentros en terreno desconocido, tomó nota rápidamente de los detalles. Después se fijó en el gran escritorio junto a la chimenea y sentado del otro lado, observándolo, estaba «¡ese hombre!».

Un hombre de cabeza grande y hombros y brazos fuertes, vestido con una camisa blanca de *pongee* con dos botones abiertos a la altura del cuello. Antes de cumplir cuarenta años había contraído una terrible enfermedad conocida como poliomielitis que le había encogido ambas piernas. Desde entonces se veía obligado a usar férulas ortopédicas y en sus apariciones públicas siempre iba cogido del brazo de un fornido acompañante. En casa usaba una silla de ruedas, motivo por el cual habían instalado la rampa de acceso a la estancia donde ahora se encontraban. Semejante golpe habría derrotado por completo a muchas personas. Sin embargo, un hombre con el valor suficiente para desafiar a su destino, con la fuerza de voluntad necesaria para perseverar y seguir entrenando sin descanso sus músculos incapacitados por la enfermedad, conseguiría salir de semejante calvario sintiéndose más fuerte y seguro de sí mismo. Mucha gente había puesto en duda que un hombre discapacitado pudiera soportar la tensión que un cargo como el de presidente in-

flige a muchas de sus víctimas, pero FDR había llegado a disfrutar de su trabajo. Poseía un temperamento optimista y era aficionado a los chistes, al cine y a coleccionar sellos, y no pasaba las noches despierto tratando de resolver los problemas de la nación.

Estaba sentado en una gran silla de cuero y le ofreció cordialmente la mano al recién llegado esbozando una afable sonrisa de bienvenida. Lanny era consciente de que se vería expuesto al famoso «encanto Roosevelt» y no pudo evitar preguntarse: «¿Qué efecto tendrá sobre mí?». Había conocido a muchos hombres con carisma en el viejo continente donde se había criado, muchos de ellos mentirosos, otros peligrosos, y había aprendido a distinguirlos. Ahora, no obstante, no tardó en convencerse de que se encontraba ante alguien realmente interesado en las personas y en lo que estas podían ofrecer. Sobre su escritorio, al alcance de la mano, se alzaba una pila de informes y documentos de más de treinta centímetros. Era evidente que tenía mucho trabajo pendiente. No obstante, cada vez que aparecía alguien como el nieto de los Budd, alguien que había recorrido el mundo cultivado y había conocido a sus élites, alguien que compartía con FD su alegría de vivir y su debilidad por el «hombre olvidado», su rostro se iluminaba y su mirada resplandecía y se sentía como si acabara de tomarse un par de copas de champán.

—Vosotros dos estáis hechos el uno para el otro —les había dicho Alston a ambos.

X

Conversaron un rato sobre el exgeógrafo. El presidente dijo que había resultado ser un hombre muy eficiente y Lanny respondió: «No tardé en darme cuenta de ello cuando lo conocí siendo un adolescente». Le contó cómo era entonces, un joven que ni siquiera había terminado sus estudios de bachillerato cuando se vio inmerso súbitamente en el hervidero de enconados odios de la vieja Europa. Todos los que estaban implicados de alguna manera en las labores de la delegación de paz norteamericana, incluso un humilde secretario traductor, se habían visto arrastrados y zarandeados de forma inmisericorde por todo tipo de intereses nacionales, raciales y económicos. Con ayuda de su padre, Lanny había conseguido descubrir cuáles eran las auténticas fuerzas que movían los hilos entre

bambalinas durante la Conferencia: los grandes grupos de presión del acero y el carbón, las navieras y, por supuesto, la banca; pero, por encima de todos, los fabricantes de armamento del continente, que poseían periódicos en las grandes capitales para crear opinión, sobornaban a los políticos y manejaban a los gobiernos como peones sobre un tablero de ajedrez. Stinnes y Thyssen en Alemania, Schneider y los de Wendel en Francia, Deterding en Holanda, Sájarov en todos los países desde Grecia hasta Gran Bretaña. Esos eran los hombres que finalmente se habían salido con la suya y le habían roto el corazón a Woodrow Wilson.

No obstante, Sájarov, rey del armamento y «hombre misterio» de Europa, no había constituido misterio alguno para Lanny prácticamente desde el momento en que se conocieron. Y le contó al presidente cómo el Caballero de la Orden del Baño y Gran Oficial de la Legión de Honor francesa había intentado comprar al joven secretario, ofreciéndole el más tentador de los sobornos a cambio de traicionar a los que confiaban en él revelándole los secretos de los que trabajaban por la paz. Más tarde, no del todo satisfecho con los tratados, Sájarov decidió financiar en secreto una guerra privada de la nación griega contra los turcos. Lanny le contó también cómo había intentado comprar a los bolcheviques con ayuda de Robbie durante la Conferencia de Génova y cómo había quemado sus diarios y todo tipo de documentos confidenciales en la enorme chimenea de uno de los salones de su mansión de París. Tras la muerte de su amada esposa, el rey del armamento de Europa había decidido contratar a médiums espiritistas, y Lanny había encontrado a una especialmente para él. Sin embargo, durante la sesión, en lugar de su añorada esposa se había presentado una horda de soldados gritándole improperios. Entre ellos había uno que se presentó como el Soldado Desconocido enterrado bajo el Arco del Triunfo y que afirmaba ser judío, algo que sin duda habría sacado de quicio a más de uno de los numerosos grupúsculos antisemitas del ejército francés.

El presidente, que también había molestado a numerosos grupúsculos antisemitas de su propio país, escuchaba a su invitado con evidente placer y de repente comentó:

—Estas historias parecen salidas de *Las mil y una noches*. Le conmino a seguir viniendo por aquí para contármelas todas.

—¿Bajo amenaza de que me corten la cabeza? —preguntó el otro, y ambos se echaron a reír.